

Educar para la vida

Experiencias inspiradas en la pedagogía logosófica

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

Fundación Logosófica

Educación para la vida ; coordinación general de María Nüdemberg. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Logosófica, 2021.

223 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-47230-7-9

1. Pedagogía por Objetivos. 2. Formación Docente.
3. Recursos Educativos. I. Nüdemberg, María, coord.

CDD 371.1

Fecha de catalogación: 25/1/2021

© 2021, Editorial Logosófica

EDITORIAL LOGOSÓFICA

de la Fundación Logosófica de Argentina

Av. Coronel Díaz 1774 - 4.º Piso (C1425DQP)

Ciudad de Buenos Aires · Argentina

Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238

www.editoriallogosofica.com.ar

info@editoriallogosofica.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina. Tirada: 500 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2021
en Imprenta FP Impresora S.A., Beruti 1560,
Florida, Buenos Aires, Argentina.

Sugerencia

para aprovechar mejor este libro

Para la pedagogía logosófica, «ser docente» es una prerrogativa humana no restringida necesariamente a una profesión. La enseñanza de un conocimiento representado en una habilidad, en una actitud ante la vida, en una técnica, etc., implica el ejercicio de una condición docente que todo individuo puede aprender a identificar, cultivar y perfeccionar.

La pedagogía logosófica lleva a encontrar y desarrollar conscientemente en uno mismo la vocación docente que todo ser humano tiene, ya sea en ejercicio o en latencia. Enseña también a que despertemos gradualmente esta vocación en quienes están bajo nuestro cuidado, de tal modo de garantizar la circulación del conocimiento y, con ello, el bien que este representa para quien lo posee y para quienes se benefician con su aplicación.

La docencia que a veces se pierde de vista es la docencia de uno mismo, que es la que termina reflejándose en la labor docente que se ejerce con los demás. Por ejemplo, ¿cómo nos tratamos cuando estamos aprendiendo, entendiendo o adaptándonos a algo nuevo? Si con nosotros mismos somos pacientes o permisivos, apurados o serenos, exigentes o inflexibles, afectuosos o fríos, respetuosos o irrespetuosos, agradables o antipáticos, suaves o bruscos, etc., así será el modo en que haremos docencia con quienes



nos rodean. Este aspecto, vital, se vuelve aún más relevante cuando pretendemos enseñar a los demás valores que aún no son una realidad palpable en la propia vida.

En vista de todo lo anterior, invitamos al lector a que, cuando encuentre en nuestras páginas las palabras «profesor» o «alumno», piense que lo que se dice —además de aplicarse a una situación de aula— bien puede aplicarse a la relación con un hijo, un amigo, un ser querido; en definitiva, otro ser humano al cual se quiere ayudar.

Leer este libro con esta sugerencia en mente ayudará sin duda a aprovechar mejor su contenido para el perfeccionamiento de nuestras propias condiciones. Todos podemos y aun necesitamos ser docentes, pues «en el acto de ayudar intervienen factores internos de imponderable valor evolutivo» (González Pecotche, 1956:91).

Prólogo

La continua expansión del Sistema Logosófico de Educación en Latinoamérica y el firme compromiso de la Fundación Logosófica con la educación en nuestro país y en el mundo, sumados al entusiasmo de profesionales y padres de alumnos de los Colegios Logosóficos, nos impulsan hoy a concretar esta anhelada publicación sobre pedagogía logosófica aplicada a la docencia de niños y adolescentes.

Los capítulos de este libro presentan, por un lado, conceptos y reflexiones que fundamentan la pedagogía logosófica y, por otro, experiencias, recursos y resultados vividos en el ambiente del hogar donde se ponen en práctica, en los sectores Infantil y Adolescente de la Fundación Logosófica y en los Colegios Logosóficos de las ciudades de Buenos Aires y Paraná.

Esperamos que esta edición contribuya a satisfacer las demandas de mayor información sobre esta original línea pedagógica, y se constituya en una invitación a continuar profundizando en sus contenidos y alcances.



Índice

Sugerencia para aprovechar mejor este libro	3
Prólogo	5
Parte 1.— Conceptos que sustentan la acción	11
1.1. Una concepción de la educación basada en la evolución consciente	13
Evolución consciente por el conocimiento	13
Conformación biopsicoespiritual del ser humano	14
Técnicas y conceptos logosóficos	15
El ejemplo del adulto, clave en la tarea docente	20
Superar lo que se opone a la evolución	21
Las correcciones	22
El principio consciente	23
Armonía entre la inteligencia y la sensibilidad	25
Interpenetración	26
Integración del colegio y el hogar	28
El futuro	29
1.2. Importancia del ambiente en la pedagogía logosófica	31
1.3. Libertad... ¿Libres de qué? ¿Libres para qué?	37
1.4. Los estímulos, ingredientes esenciales de la educación	43
1.5. Inquietudes espirituales	53

1.6. El ser humano y el conocimiento	59
Realidad psicoespiritual del niño y del adolescente	60
Conocimiento	65

Parte 2.— Reflexiones sobre las prácticas en el hogar, en el Colegio Logosófico y en los espacios infantil y adolescente de la Fundación Logosófica **67**

2.1. Los estímulos y la formación del carácter	69
2.2. Atender lo inmediato o educar para la vida	75
2.3. La fuerza de los pensamientos	79
2.4. Las dificultades como oportunidad	87
2.5. Y llegó la adolescencia	95
2.6. Los adolescentes necesitan tener ideales	99
2.7. Aprender a pensar y a crear el pensamiento propio	107
Pensar ¿para qué?	107
Valorar y respetar el pensamiento propio	108
¿Qué obstaculiza esa independencia?	110
El docente acompaña el ciclo pensamiento-acción	110
Construir el pensamiento propio	112
2.8. Cómo corregir y encauzar. Límites que amplían la vida	115

Parte 3.— Experiencias docentes en el hogar **121**

3.1. El camino de la paternidad	123
3.2. Jugar con nuestros hijos	127
3.3. La redención de uno mismo	135

3.4. Los relatos	139
3.5. Sacrificar la comodidad: invertir tiempo en conocernos y ayudarnos	147
3.6. Adultos claros, adolescentes seguros: aprender a ejercer la propia libertad	153
Parte 4. – Experiencias docentes en los Colegios Logosóficos	159
4.1. La observación como herramienta para la superación individual	161
4.2. Problemas de conducta en el colegio... ¿Cómo resolverlos?	167
4.3. El trabajo conjunto entre el colegio y la familia	171
4.4. Enseñando sinceridad y valentía a través del arte	175
4.5. Conocimiento y cultivo de las expresiones sensibles	179
4.6. La discreción y el cuidado de la intimidad	185
4.7. El docente, su vínculo con el alumno y su relación consigo mismo	189
Parte 5. – Testimonios de adultos que recibieron la pedagogía logosófica en su infancia y adolescencia	193
Palabras finales	211
Referencias bibliográficas	213
Enunciado de la pedagogía logosófica para los colegios del Sistema Logosófico de Educación	215
Reseñas de la obra bibliográfica de Carlos Bernardo González Pecotche	217

Parte 1

**Conceptos que
sustentan la acción**



1.1. Una concepción de la educación basada en la evolución consciente

Evolución consciente por el conocimiento

La pedagogía logosófica es una nueva línea pedagógica basada y fundamentada en la Logosofía, una original concepción de la vida y del ser humano, del Universo y de las Leyes que lo rigen.

La evolución consciente, elemento central de esta concepción, se realiza mediante la superación continua a través de la adquisición de conocimientos que trascienden la esfera común o utilitaria (conocimientos trascendentes), como los que ofrece la ciencia logosófica.

Tal evolución se concreta en la propia conciencia, definida por la Logosofía como el archivo histórico individual de los valores permanentes del ser, que este puede enriquecer progresivamente a lo largo de toda su existencia.

Para que la evolución y sus lógicos cambios sean conscientes, la conciencia, la inteligencia y la sensibilidad deben trabajar unidas. Así, en la medida de las capacidades individuales, uno puede ser consciente de su propia evolución —al llevar cuenta de cómo se ha producido la superación— con el fin de poder extender lo aprendido a otras áreas de la vida y, más aún, asistir a otros en este proceso.



La adquisición de tales conocimientos y su aplicación en la propia vida, así como en beneficio de los demás, conduce a transformarse uno mismo en un colaborador eficaz de su entorno, lo cual llena la vida de felicidad.

Conformación biopsicoespiritual del ser humano

La pedagogía logosófica enfoca su acción educativa tomando como base la conformación biopsicoespiritual del ser humano, con el objeto de que este conozca todas sus prerrogativas y logre un desenvolvimiento armónico e integral. Este enfoque resulta en seres libres, seguros de sí mismos y con capacidad para descubrir y satisfacer sus propias inquietudes, necesidades y aspiraciones, así como para ayudar con inteligencia y generosidad al semejante.

Para alcanzar esta meta, tanto niños, jóvenes y adultos precisan integrar la tarea de conocer y estudiar el mundo que los rodea con la labor de conocer y gobernar su propio mundo interno. Esto se logra con el conocimiento de sí mismo, que no se reduce al mero reconocimiento de las propias características más o menos salientes, sino que abarca el conocimiento de la magna constitución biopsicoespiritual humana, con todos sus elementos, facultades y maravillosos mecanismos; el descubrimiento de lo que en cada uno opera como causa de conductas, actitudes, etc., y la superación de todo lo que progresivamente se advierte como perfectible en uno mismo.

Para la Logosofía, el ser humano no solo es capaz de concretar cambios por su propia voluntad, sino que goza de la prerrogativa



de crearse a sí mismo. Al originar un nuevo modo de ser, inspira, promueve y determina cambios en su entorno, colaborando así, en su esfera de acción siempre creciente, con la transformación del mundo.

La realización metódica y consciente de tales cambios, con el auxilio de los conocimientos específicos que ofrece la sabiduría logosófica, permite no solo reproducirlos en uno mismo, sino también enseñarlos, dando cauce al fin altruista de extender ese bien a otros.

Técnicas y conceptos logosóficos

La pedagogía logosófica ofrece una serie de técnicas muy específicas, entre las cuales se encuentran la identificación, el dominio y la selección de pensamientos; la atención y observación consciente; la interpenetración de contenidos; la repetición inteligente de actividades; la pregunta y la repregunta como factores de indagación; la transformación de la vivencia en experiencia; la elaboración de defensas mentales; la creación de estímulos naturales y positivos; la corrección respetuosa; el intercambio de apreciaciones, y el aprendizaje generoso. Sin embargo, la aplicación eficaz de dichas técnicas requiere que el adulto realice un proceso de familiarización y asimilación de los conceptos que las inspiran, a fin de poder imbuir su docencia de contenido trascendente. La esencia de la pedagogía logosófica, por lo tanto, no se halla solamente en sus técnicas, sino muy especialmente en el cultivo —bien vale la analogía— de sus conceptos.

La asimilación paulatina de los conceptos logosóficos, que empieza a ocurrir cuando se los ensaya experimentalmente evitando



quedar en la mera intelectualización, permite que adultos y niños puedan comprobar el ambiente de alegría, respeto y afecto que caracterizan los ámbitos donde se cultivan. Esto sin perjuicio de tener siempre en cuenta que «logosóficamente no se cambia un concepto por otro sin haber observado antes los beneficios que puedan obtenerse de ello para la propia evolución». (González Pecotche, 1956:17).

A continuación, presentamos algunos de estos conceptos —que, en el contexto de esta pedagogía, adquieren significados amplios, profundos y muchas veces divergentes con respecto a los comúnmente aceptados— agrupados en grandes categorías:

Sobre el ser humano y el conocimiento de sí mismo

Conformación biopsicoespiritual

El ente físico o alma y el ente metafísico o espíritu

La psicología humana: sistemas mental, sensible e instintivo

La conciencia, archivo histórico y raíz de la existencia

El mundo interno y el mundo propio

La libertad y el libre albedrío

La herencia de sí mismo y el patrimonio espiritual

Las deficiencias y propensiones generalizadas en el ser humano

La psiqueálisis



Sobre el proceso de evolución consciente

La conducción consciente de la vida

Cambios de modalidad, estado y carácter

Capacitación, adiestramiento y creación de estímulos

Organización de los sistemas psicológicos

Formación consciente de la individualidad

Enriquecimiento, activación y despertar de la conciencia

Los pensamientos. Individualización y selección

El principio consciente

El pensamiento autoridad

La actitud y la atención consciente

Creación de defensas mentales

Los sentimientos. Cultivo y jerarquización

Las energías del instinto al servicio del espíritu

Sobre Dios y la Creación

Concepción logosófica de Dios

Cosmogénesis. Creación del universo y del hombre

La mente como causa primera

El Verbo de Dios y el verbo del hombre

Arquetipos básicos y leyes universales

Mundo físico y mundo metafísico

El cuarto reino: el reino hominal



Sobre el método de enseñanza

Objetivos y atributos de la ciencia logosófica

Características del método logosófico

Campo experimental del método logosófico

Estudio y práctica en lo individual y en lo colectivo

El conocimiento. Tipos de conocimiento

Principio fundamental del saber trascendente

Proceso de asimilación del conocimiento logosófico

Crear y saber. La impostura

Ser y no ser en la concepción logosófica

Funciones de estudiar, aprender, pensar, enseñar y realizar

Sobre la moral y la ética logosófica

El humanismo logosófico

La redención de uno mismo. Ubicación frente al error

La conciliación

La cortesía como expresión de afecto y de respeto

La paciencia y la tolerancia

La obediencia inteligente

El afecto, principio fijador de las relaciones humanas

El ejemplo, aval y garantía moral

La caridad inteligente

La gratitud



El ejemplo del adulto, clave en la tarea docente

La conducta del adulto en su función educadora reviste una importancia fundamental para la docencia logosófica, puesto que cada educador ha de ser ejemplo de aquello que se propone transmitir a las nuevas generaciones. Según González Pecotche, «toda enseñanza moral no avalada con el ejemplo de quien la dicta, obra en el alma del que la recibe en sentido contrario» (1963:80).

Al seguir la indicación de ensayar y realizar en la propia vida los conceptos logosóficos, el educador logra constituirse en ejemplo de constante perfeccionamiento en la ejercitación de los valores a transmitir. Es precisamente ese ejemplo del adulto el que inspira y entusiasma a sus hijos en el hogar y a sus alumnos en el colegio.

La tarea docente conlleva grandes luchas y esfuerzos. Asumida con compromiso, dedicación y conocimiento, favorece la evolución individual que, a poco de andar, se convierte en gran fuente de felicidad. Se trata, por tanto, de dos procesos que se integran: el de evolución consciente del padre, maestro o profesor, y el de superación del niño o joven. Aprender y enseñar, de esta manera, son dos acciones hasta cierto punto inseparables, y es el adulto quien debe comenzar por experimentar su integración.

Padres y profesores tienen la delicada responsabilidad de mostrar al niño y al adolescente la gran oportunidad que representa para ellos el lograr percibirse como pequeños creadores, detectar sus inquietudes espirituales y aprender a utilizar su voluntad a los fines de superarse en todas las áreas de la vida.



Superar lo que se opone a la evolución

Así como tiene la prerrogativa de cultivar conscientemente sus virtudes y crear nuevos hábitos, el ser humano necesita ir desplazando gradualmente los factores que inhiben su voluntad y limitan su libre albedrío. Los miedos, las culpas, los preceptos dogmáticos, etc., no deben ocupar el lugar de conceptos prácticos y evolutivos.

Los conceptos ofrecidos por la concepción logosófica permiten transitar con naturalidad errores y equivocaciones, concibiéndolos como principios de triunfo en tanto formen parte del proceso de aprendizaje en esta gran escuela que es la vida.

La humanidad necesita seres libres y habilitados para pensar por sí mismos, con capacidad para generar y brindar estímulos y para encontrar soluciones que superen los estereotipos y las modas adversas a la vida consciente.

Al propiciar la iniciativa y la independencia, esta pedagogía se constituye en un método para aprender a pensar, ya que enseña a diferenciar la propia producción inteligente de los pensamientos preexistentes en uno mismo o en los demás.

Las correcciones

La pedagogía logosófica dirige la acción correctiva a lo interno. De este modo, lleva al niño o joven a que, en primer lugar, reflexione sobre los hechos vividos y entienda el error, para que luego identifique dentro de sí las causas que motivaron su conducta y así pueda modificarlas. De esta manera, se crean las condiciones



para que su inteligencia y sensibilidad puedan actuar con libertad en ese aprendizaje.

Cuando por inconsciencia se lleva al niño y al adolescente a depender de la mera aprobación externa, con total desconexión del fuero interno individual, se pierde de vista que el objetivo de toda corrección es, en última instancia, lograr la adquisición de conocimiento. En ese sentido, es vital promover un ambiente favorable de intercambio acorde al entendimiento del niño o joven, para que pueda ir captando las razones por las que debe obedecer o comportarse bien.

En todo proceso de enseñanza se requiere corregir a quien aprende, potestad ineludible de quien asume el rol docente. Eludir la corrección, o perdonar las faltas sin enseñar el modo de evitarlas y de reparar o compensar sus consecuencias, impide crear la conciencia de la responsabilidad sobre la propia conducta y conduce a la repetición y multiplicación de los errores. Todo ser humano puede redimir sus propias faltas si aprende de ellas y genera buenas acciones que eliminen su negativa influencia.

Es esencial corregir con afecto y respeto; es decir, preservando siempre la dignidad del otro, sin presionar su voluntad con la exposición frente a los demás, «el qué dirán», u otros pensamientos igualmente negativos, que podrían generar un acatamiento ciego con tal de evitar situaciones incómodas, dolorosas o humillantes. El recordar las propias luchas y aprendizajes auspicia la tolerancia y ayuda a que la acción correctiva no degenera en violencia, sin que por ello pierda firmeza. La repetición de estas conductas inspira confianza, acrecienta la autoridad del adulto hacia el niño o joven, y propicia su obediencia inteligente.



La amenaza, el castigo, las falsas promesas y la inducción de temores, como mecanismos para lograr el acatamiento y el buen comportamiento, conducen al disimulo, a conductas hipócritas o rebeldías, y han de ser gradualmente sustituidos por nuevas formas de proceder. Al evitar el uso de estos recursos artificiales o coercitivos, la sensibilidad no se ve inhibida y puede funcionar plenamente como radar que detecta aciertos y verdades en el pensar y en el obrar.

El principio consciente

Como queda descrito, la pedagogía logosófica confiere gran valor a la palabra constructiva que orienta y corrige con afecto y que responde a las necesidades íntimas del niño y del adolescente, respetando sin presiones ni rigores el esfuerzo que estos realizan. Así, esta pedagogía les permite estudiar con agrado su propio comportamiento y obtener las primeras verificaciones de ese «algo» que todavía no conocen: su mecanismo psicológico, dentro del cual el pensamiento es una verdadera fuerza.

Mediante la observación directa de hechos reiterados, los jóvenes comienzan a distinguir y a clasificar con sus respectivos valores esos agentes internos de sus vidas, al tiempo que perciben y comprueban que el pensamiento es diferente de la mente. Observan que cuando elaboran una idea o un propósito están pensando, mientras que al repetir algo que leyeron o escucharon solo están recordando y recitando los pensamientos elaborados por otros.

Este es uno de los muchos ejemplos que permiten ver en forma clara y precisa cómo el ser humano es capaz de diferenciar el acto



de pensar del pensamiento en sí como entidad animada. Al llegar a esa instancia, se halla frente al magnífico momento en que comienza a funcionar el principio consciente. Es entonces cuando es capaz de percibir dentro de sí los movimientos de los pensamientos como entes autónomos, y puede darse cuenta de que —pese a que creía pensar por sí mismo— algunos dominan su mente y lo llevan por diversos caminos sin que lo advierta.

Orientar al niño y al adolescente para que sean conscientes de los pensamientos que tienen es educarlos para que aprendan a seleccionar y crear sus propios pensamientos, así como a no dejarse llevar por pensamientos extraños a su sentir, que hubieran sido instalados sin su previo consentimiento o fueran avalados por una debilidad propia o ajena.

La tarea de educar se hace más fácil cuando los jóvenes perciben cómo actúan los pensamientos y cómo, si aprenden a manejarlos, pueden convertirlos en auxiliares de su pensar y defensores de su sensibilidad.

Armonía entre la inteligencia y la sensibilidad

Además de ilustrar sobre los movimientos que tienen lugar en el mundo mental, la pedagogía logosófica pone particular atención en el cultivo de la sensibilidad; especialmente durante la niñez, por ser esta factor determinante del equilibrio psíquico en la vida adulta.

Sentimientos tales como los de gratitud, afecto, amistad, generosidad, simpatía y respeto resultan factores equilibrantes de la



conducta y facilitadores de una convivencia sana. Defenderlos requiere hacer movimientos inteligentes, lo cual es posible cuando la inteligencia actúa en armonía con la sensibilidad.

Enseñar gradualmente a sentir lo que se piensa y pensar lo que se siente constituye una defensa extraordinaria para las incipientes vidas de niños y adolescentes.

Si por un lado el método logosófico orienta el comportamiento mediante una sólida base conceptual, por otro alimenta la parte afectiva dando vida y fuerza a los sentimientos, con lo cual favorece la asimilación y el uso continuado de lo que se aprende. Todo ello facilita la tarea de identificación y selección de los pensamientos mediante la observación de gestos, deseos, el resultado de las actuaciones, buenas o malas, etc., pues la sensibilidad —como parte del mecanismo psíquico— obra de reguladora de la conducta, moderando reacciones, ablandando durezas temperamentales, y aventajando a menudo a la facultad de razonar para captar con rapidez lo que está sucediendo internamente.

En el niño, la sensibilidad, aún incontaminada, ofrece a su entendimiento una vía de acceso extraordinaria. Incentivarla con imágenes que favorezcan su desenvolvimiento es aprovechar una característica saliente del psiquismo infantil en beneficio de un proceso educativo integral, puesto que la sensibilidad del niño es capaz de retener indefinidamente las imágenes que más vivamente le impresionan.

De la importancia de su cultivo surge la necesidad de preservar tan delicado mecanismo de las contaminaciones que suelen afectarlo. A menudo se lesiona involuntariamente la sensibilidad del



niño al ofrecérsele explicaciones que rebasan las posibilidades de su entendimiento, o que lo enfrentan con imágenes turbias, violentas, engañosas. Resguardarlo de tales influencias es, sin duda alguna, asegurar la salud de su futura vida moral.

Interpenetración

La técnica de la interpenetración, medular en esta pedagogía, aprovecha el proceso de adquisición de contenidos curriculares y competencias en general, así como las vivencias en el hogar, para mostrar y resaltar aquello que podemos aprender acerca de la vida, entendida esta en sus más vastos alcances.

Para esta línea pedagógica, la educación académica debe estar «interpenetrada» por los conocimientos que venimos refiriendo, lo que permite conectar cada área de la formación curricular con el propio mundo interno, en favor de una superación integral y continua. Se trata de saber introducir contenidos de aplicación para la vida interna en la enseñanza de uso externo.

La sabiduría que eleva la vida humana se encuentra plasmada en la Creación y en los procesos que ocurren en la naturaleza. Es por este motivo que pueden establecerse relaciones, paralelismos y analogías entre los conocimientos que explican procesos del mundo físico y los conocimientos que iluminan nuestra vida inmaterial (psicológica, moral y espiritual). De tal forma, cuanto más profundos sean los conocimientos de un docente, mayores serán sus posibilidades de utilizar la técnica de la interpenetración, que logra extraer de los más diversos procesos, hechos y acontecimientos enseñanzas significativas para la vida individual.



La pericia en el ejercicio de la técnica de la interpenetración dependerá del docente y su grado de conocimiento, tanto del corriente como del trascendente que se está buscando interpenetrar.

Por ejemplo, la ley de causas y efectos que rige en los procesos físicos y químicos del mundo material puede observarse análogamente en los procesos que ocurren dentro del propio mundo interno, por lo que todo lo que nos ocurre tiene una causa factible de ser conocida y aun modificada; la fuerza de atracción que ejerce el imán permite elaborar inteligentes analogías con el poder que posee la simpatía como fuerza de atracción entre los seres humanos; la adaptación que realizan determinadas especies de animales y plantas a su medio guarda interesante semejanza con la que puede efectuar el ser humano a nuevas circunstancias o conductas, en favor de su evolución consciente; la actividad ininterrumpida de la naturaleza puede relacionarse en forma análoga con la constancia y perseverancia de los grandes benefactores de la humanidad, etc.

La adquisición de los elementos que propicia la interpenetración tiene un reflejo positivo inmediato en el aprendizaje de los contenidos curriculares y académicos. Si antes estos aparecían como algo lejano y esquivo a la aplicación práctica en la propia vida, de pronto se sienten más cercanos, al ser vistos como un todo y próximos a lo que cada uno es capaz de experimentar por sí mismo. De esa labor de interpenetración surgen, como expresiones naturales, una renovada forma de concebir los hechos y las cosas y, fundamentalmente, un acrecentado amor al conocimiento, a la naturaleza y a la vida.



Para los padres y maestros, el desafío es descubrir lo que puede fomentar la observación más allá de la materialidad de los hechos. Hacer pensar, preguntar y sugerir líneas de reflexión resulta altamente estimulante para todos.

Integración del colegio y el hogar

Estos dos ámbitos de educación —hogar y colegio— demandan un trabajo integrado, en el cual resulta imprescindible que la familia tome con firmeza el timón, asumiendo su responsabilidad indelegable. Partiendo del principio de que nadie puede dar lo que no tiene, quienes ejercen el arte de enseñar necesitan primeramente aprender y ejercitar el arte de ser docentes de sí mismos.

Para un crecimiento armónico, el niño y el adolescente necesitan coherencia entre los ámbitos de la familia y el colegio. El ambiente en el cual viven es clave: marca estímulos, deja huellas, transforma. Y el adulto es el principal responsable de que estos estímulos y esta transformación sean afines.

Para ello, resulta altamente positivo que la familia y el colegio brinden a los niños y adolescentes el espacio para que puedan observar la realidad desde su naturaleza espiritual, lo que los irá habilitando progresivamente a discernir amparados en su propio pensar y sentir. Esto implica que deben generar defensas mentales propias que los preserven de cualquier influencia externa contraria a su sensibilidad, al mismo tiempo que aprenden a respetar las diferencias.



El futuro

Nuestra época está signada por una vertiginosidad de cambios que se suceden en todos los terrenos. El avance de la ciencia y el desarrollo tecnológico continúan maravillándonos con cada nueva invención o descubrimiento mientras que, por otro lado, problemas históricos que aquejan a la humanidad parecen agravarse de lustro en lustro y sin miras de poder resolverse. Guerras, terrorismo, sectarismo, contaminación ambiental, superpoblación, escasez de recursos, control ideológico, manipulación informativa, crisis económicas, inestabilidad social, inseguridad, corrupción, hambre, pobreza, desigualdad extrema, drogadicción, delincuencia juvenil, pérdida de valores básicos, depresión... son solo algunos de los tantos dramas no resueltos que afligen a las sociedades modernas y que amenazan de continuo su progreso, paz e integridad. ¿Estamos educando a las nuevas generaciones para ese futuro que los espera, lleno de complejos desafíos y a la vez de nuevas posibilidades?

«El mal radica en la mente de los hombres» (González Pecotche, 1937:72), afirma la Logosofía, y es en la mente donde la pedagogía logosófica enseña a las nuevas generaciones a eliminarlo, comenzando por la propia y ayudando a los demás a realizar el mismo trabajo.

Si antes era la humanidad la que iba en auxilio del individuo, mañana será el individuo el que irá en auxilio de la humanidad, para decirle con la frente en alto que en cada ser humano existen los medios suficientes para corregir y emanciparse de los errores que mantenían la vida aprisionada y en continuo sufrimiento, mientras ofrece su ejemplo como testimonio viviente de lo que puede lograr una evolución conscientemente dirigida.



La pedagogía logosófica educa para el futuro pues educa para la vida; pero no solamente la vida común, la que vegeta y se esteriliza en un ambiente puramente doméstico, sino la que se empeña en cumplir con los mandatos de la evolución y alcanza su plenitud en las más altas expresiones de la convivencia humana. Educar para la vida es preparar a los espíritus para el conocimiento de sus elevados destinos, y considerar como uno de sus fines primordiales el perfeccionamiento de todo cuanto comprende la existencia del ser humano, promoviendo la eliminación de las deficiencias por la corrección consciente de los errores y despertando en los seres el afán de superación por la aspiración natural de servir a la humanidad.

